

# **“Chile: el país más rapero del mundo”**

**(Presentación al poemario “CENICERO” de Sergio Rozas Hernández)**

Chile, tierra de poetas, payadores, raperas y raperos. Una larga y angosta faja de tierra que tiene el silencio del océano Pacífico por un lado y la grandilocuencia de la Cordillera de los Andes por el otro: un pasillo inexpugnable que quedó fuera de los centros imperiales españoles y fue armando su lengua de una manera particularmente poética: circunloquios, voseos, diminutivos, reducciones vocálicas, elisión de consonantes, préstamos del mapudungún, quechua, inglés y un ritmo veloz y fonéticamente hermoso, entre otras muchas características que hacen del español de Chile un idioma tan particular y propio como geográficamente aislado y lejano al español peninsular.

Esta lengua se fue desarrollando en una esquina del planeta donde los endecasílabos del soneto sonaron distintos, la décima espinela echó raíces en los campos del Valle Central y el Canto a lo Humano y a lo Divino comenzó a narrar, con métrica heredada de España y una fonética irreductiblemente chilena, la historia de los márgenes, oficios, pérdidas y silencios de la patria. No es casual que *Azul*, de Rubén Darío, el libro que inaugura el modernismo hispanoamericano, haya visto la luz en Chile, más específicamente en el puerto de Valparaíso. Tampoco es casual que la irrupción vanguardista de Pablo Neruda, Vicente Huidobro y Pablo de Rokha devolviera a la poesía escrita en español una centralidad que parecía perdida desde el Siglo de Oro, ni que la lengua quebrada y telúrica de Gabriela Mistral encontrara en los valles chilenos la materia con la cual edificar una de las obras más profundas de la literatura universal.

Esa misma tradición no quedó confinada solamente a los libros. Siguió respirando en las ruedas de payadores, en la cueca improvisada, en las poblaciones, micros, freestyles y graffitis. Motivo por el cual décadas más tarde, encontró en el rap una nueva forma de tensar el idioma. Chile se transformó en una de las grandes escuelas del hip hop latinoamericano porque comprendió que la palabra podía seguir siendo ritmo, combate, memoria y territorio. El fraseo del rap, como antes la décima y el canto popular, volvió a demostrar que la lengua también se construye desde una calle heredera de un caudal lingüístico incalculable.

Y es precisamente en esta corriente donde se inscribe la escritura de Sergio Rozas. Estos poemas nacen en una geografía precisa —las plazas, esquinas, cunetas y noches de Maipú—, pero donde su verdadero territorio es la lengua. Una lengua que conoce el habla cotidiana sin renunciar a la elaboración poética, que escucha el rumor de la periferia y lo convierte en un dialecto filudo y fluido: versos que encuentran en las inflexiones del español chileno una fuente inagotable de imágenes, cadencias y sentidos.

Hay aquí una escritura que no busca imitar una tradición, sino habitarla desde el presente. La ciudad aparece lejos de las postales y cerca de la experiencia, juegos sintácticos donde la conversación cotidiana se vuelve materia

poética y la oralidad adquiere espesor estético sin perder su pulso vital. En estos poemas conviven el oído del poeta y el compás del rapero, la precisión del verso y la velocidad de quien sabe que el lenguaje siempre está ocurriendo antes que en la página.

La poesía chilena ha sabido reinventarse cada vez que ha vuelto a escuchar las voces que parecían quedar fuera del centro. Es en este gesto de volver la mirada hacia los bordes, hacia los barrios donde la lengua se transforma todos los días, donde este libro encuentra su lugar. Sergio Rozas escribe desde ese Maipú que pocas veces ocupa el primer plano (salvo cuando es parte de la crónica roja y los índices de la delincuencia que vocifera la prensa con un idioma parco y empaquetado: la lengua del poder). En el presente poemario, el poeta nos habla con una sintaxis urbana, receptáculo fértil donde el idioma conserva toda su potencia creadora. En estos poemas resuenan las bancas de las plazas, conversaciones de madrugada, cervezas y cenizas que caen al cenicero como caen las palabras en la música que nace cuando el habla cotidiana se hace consciente de sí misma.

Sin estridencias, pero con una voz propia y reconocible, este libro demuestra que la tradición poética chilena continúa escribiéndose allí donde el idioma permanece vivo: lejos de la retórica oficial y en las entrañas de barrios que todavía inventan palabras, afinan sus sonidos y hacen de la experiencia común una forma perdurable de belleza.

La poesía de Sergio Rozas no aspira a una consagración distante: aspira a la verdad del lenguaje cuando se escribe desde la vida misma. Por eso estos poemas son necesarios: por su capacidad de nombrar un país que no siempre se reconoce en los libros, pero que aquí encuentra su voz, su ritmo y su memoria.

Este libro es una invitación a leer con el oído atento. A entender que la poesía también puede nacer en una villa, en un paradero, en un freestyle improvisado o en la soledad de quien observa la ciudad desde el cielo raso de su pieza. Es, en definitiva, una demostración de que el español de Chile —ese idioma híbrido, resiliente y hermoso— sigue creando poesía de alto vuelo cuando encuentra poetas que lo escuchan en las grietas de nuestras avenidas para convertirlo en una poética profunda.

Bienvenidos y bienvenidas sean entonces a estos poemas que son puro rap y pura poesía, puro Maipú y puro Sergio Rozas.

**César Rey Marchant, Editor.**